

$$\frac{A_{14}}{467}$$

Lorenza Sebesta

Seis lecciones sobre Europa





La presente publicación ha sido financiada con el apoyo de la Comisión Europea.
Los contenidos son responsabilidad exclusiva de la Autora.
La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Copyright © MMXII
ARACNE editrice S.r.l.

www.aracneeditrice.it
info@aracneeditrice.it

via Raffaele Garofalo, 133/A-B
00173 Roma
(06) 93781065

ISBN 978-88-548-5254-9

*Reservados todos los derechos internacionales de traducción, digitalización, reproducción y transmisión de la obra en parte o en su totalidad en cualquier medio, formato y soporte.
No se permiten las fotocopias sin autorización por escrito del editor.*

I edición: noviembre 2012

Traducción de Carlos Catropi

Índice general

- 7 *Prólogo*
- 9 *I. Tres crisis en los cromosomas de Europa*
La crisis del sistema europeo de los estados nacionales, 9 – El fracaso de los regímenes liberales y del capitalismo, 19 – La crisis del hombre, 26.
- 33 *II. Contexto nacional e internacional en el origen de la integración*
La violencia del desenlace bélico, 33 – Aspectos comunes de la reconstrucción política y económica de los países de Europa occidental, 39 – Polarización de las relaciones internacionales, formación de los bloques y cuestión alemana, 57.
- 73 *III. Las premisas ideales*
Europa y las ideas de Europa, 73 – Tradiciones críticas, tradiciones políticas: comprender a la sociedad europea para poder cambiarla, 80 – Recetas, 90.
- 105 *IV. Integrar, ¿Qué y para qué?*
El contexto internacional de la integración europea, 105 – Carbón y acero, bases de la vida europea en los años Cincuenta: la CECA, 114 – Apertura comercial interna y proteccionismo agrícola: la Comunidad Económica Europea, 126.
- 149 *V. Un nuevo sistema político: sus actores y sus dinámicas*
Nueva soberanía, nuevo ordenamiento jurídico: la relación entre derecho e integración, 149 – Naturaleza y dinámicas de la Unión, 168 – ¿Un espacio económico moderno?, 180.
- 195 *VI. La Unión Europea ante los desafíos de la historia*
Crisis económica y sociedad posindustrial, 195 – La Unión Europea y el cambio, 216 – Europa y sus fronteras, 223.
- 237 *Índice alfabético*

Prólogo

En 2009 se creó en la representación de la Universidad de Bolonia en Argentina un Centro de Excelencia Jean Monnet, esto es, en la terminología en uso en la Unión Europea, un espacio de estudios orientado a difundir el conocimiento sobre Europa y sobre su proceso de integración. El Centro ha procurado ser un ámbito de “sociabilidad” en el sentido iluminista del término, un lugar abierto al análisis racional y a la discusión apasionada de los contenidos implícitos en el concepto de Europa y de su integración, y de los estrechos vínculos de tal concepto con América Latina y con la integración de ésta.

El hilo conductor de tales actividades ha sido el trabajo para orientar la concreción de utopías realizables y la convicción de que la integración puede ser una de tales utopías. Desde un punto de vista analítico, desde el principio, nos ha guiado la noción que la integración, al igual que toda otra instancia económica y social, es un fenómeno cultural y no natural. En su evolución no hay nada de inevitable y sus cambios no dependen, tal como ocurre en los fenómenos naturales, de leyes que, conocido el estado del objeto observado y las influencias externas al cual es sometido, determinan el resultado. Lo anterior no quiere decir que no tengamos la obligación de tratar de entender el fenómeno, sino solo significa que nuestros intentos no pueden adquirir otra forma que la de las conjeturas y que nuestras reconstrucciones solo pueden aspirar a la verosimilitud.

En busca del objetivo enunciado, el Centro, con la ayuda de la Acción Jean Monnet de la Unión Europea, ha organizado seminarios, conferencias y cursos intensivos, ha preparado material didáctico, retrospectivas temáticas de cine europeo y ha publicado un boletín informativo mensual y una revista semestral, *Puente@Europa*. Esas tareas se han llevado a cabo con sus propias fuerzas o en colaboración con instituciones argentinas y con organizaciones italianas de la Argentina que trabajan en temas afines. Con el fin de extender el ámbito de influencia de sus actividades, los integrantes del Centro han asumido

el compromiso de la enseñanza universitaria en sus distintos niveles (cursos de grado, de posgrado y doctorados) y en diferentes áreas temáticas (Europa, integración europea y latinoamericana, relaciones entre Europa y América Latina).

Este libro nace en ese contexto, es decir, como instrumento auxiliar para la enseñanza. Como tal, se apoya en una bibliografía idiosincrática, basada más en las preferencias mías y de mis alumnos a lo largo de veinte años de docencia en la materia que en la preocupación por alcanzar exhaustividad “científica”. Gran parte de estas lecturas no habrían sido posibles sin el apoyo profesional pero además siempre generoso de Yael Poggi, responsable de la biblioteca de la Universidad de Bolonia en Argentina, que también me ha ayudado en la revisión de las notas del presente trabajo.

Aunque quede plenamente responsable de su contenido y forma, estas lecciones son un instrumento colectivo, nacido del diálogo con estudiantes y amigos latinoamericanos y europeos y, a la vez, de una propensión a la conversación cultivada con mi marido Arturo, en el ámbito no solo doméstico.

Buenos Aires, septiembre de 2012

I. Tres crisis en los cromosomas de Europa

Primera lección

El malherido mundo actual¹

La crisis del sistema europeo de los estados nacionales

El sistema de relaciones internacionales que se inaugura convencionalmente con el Tratado de Westfalia (1648) contribuyó a poner fin a las guerras civiles que desde comienzos del siglo XVI habían convulsionado a Europa y diezmado su población. La introducción sistemática de las armas de fuego y el asalto a los dogmas de la Iglesia desencadenado por el movimiento de la Reforma habían sido el combustible para repetidas matanzas, ya fuera dentro de las comunidades locales, como la llamada guerra de los campesinos en Alemania (1524–1526) o la masacre de San Bartolomé de 1572,² o entre estados, como la

1. Es el título del primer capítulo de Arnold J. Toynbee, *Guerra y Civilización*, Buenos Aires, Emecé, 1952. El libro, publicado en 1950 en su versión original, es una recopilación de extractos de los seis volúmenes que en aquel momento constituían *A Study of History*, animada por la urgencia de promover una *pax oecumenica* que contrarrestara los efectos de aquella “siniestra institución”, la guerra.

2. La matanza de algunos millares de protestantes franceses (hugonotes), perpetrada en París la noche del 23 de agosto y celebrada en Roma por el Papa Gregorio XIII con varias ceremonias “per la felice nova della destruttione della setta Ugonotana”; en Ludwig Pastor, *The History of the Popes from the Close of the Middle Ages. Drawn from the Secret Archives of the Vatican and Other Original Sources*, vol. XIX, London, Kegan Paul, Trench, Trübner & Co, 1930, p.505. Se trata de la traducción al inglés de la monumental obra de Pastor *Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters*, escrita entre 1886 y 1928, fecha de su fallecimiento. La obra se encuentra reproducida en el *Internet Archive*, una de las más reconocidas bibliotecas

Guerra de los Treinta Años (1618–1648), que había visto empeñadas en las acciones bélicas a casi todas las potencias de la época. Sin la ayuda de un Dios universal que fijara desde fuera el contenido del “bien común”, se hacía cada vez más difícil encontrar formas de convivencia y contención de la violencia, en un mundo en fermentación caracterizado por una vivaz circulación de las ideas, resultado de la difusión de la imprenta a fines del siglo XV. La afluencia de las riquezas del Nuevo Mundo, atormentado por la Conquista, no logró contrarrestar las destrucciones causadas por las frecuentes carestías, las epidemias y los saqueos de los ejércitos mercenarios que impregnaron la vida de los europeos durante el fatigoso pasaje del Renacimiento a la Edad Moderna.

Mientras Jean Bodin (1530–1596), bajo la influencia de los dramáticos acontecimientos de 1572, procuraba con su obra *La república* (1576) definir la esencia de la soberanía (“la puissance absolue et perpetuelle”, sometida solo “à la loi de Dieu et de la Nature”), Thomas Hobbes (1588–1679), como traductor de *Historia de la guerra del Peloponeso*, de Tucídides, propuso cincuenta años más tarde a la Grecia del siglo V a.C. como paradigma de un escenario internacional inmutable, en el que cada actor se mueve bajo la influencia de necesidades recurrentes e inevitables de reequilibrio de la balanza del poder, que no dejan margen para la acción autónoma y que llevan inevitablemente al conflicto.³

El nuevo sistema internacional favoreció la aparición de una novedosa forma de agregación social y política que, con modalidades y tiempos diferentes, puso en práctica estrategias similares de concentración de las funciones de control, extracción de los recursos y defensa: el estado.⁴ Dentro del marco de ese sistema, los estados se

digitales existentes: <http://archive.org/stream/thehistoryofthe19pastuoft#page/n3/mode/2up> [trad. al castellano: *Historia de los papas desde fines de la Edad Media. Compuesta utilizando el Archivo Secreto Pontificio y otros muchos archivos*, Barcelona, Gustavo Gelli editor, 1910–1961].

3. En el Primer Libro, al explicar el origen de la guerra, Tucídides escribe “Creo, a saber, de acuerdo con la causa más verdadera, pero menos aparente por lo que se dice, que los atenienses, al hacerse poderosos y producir miedo a los lacedemonios, les forzaron a luchar [...]” (I, 23); Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2002, p. 14.

4. Según la cronología de Norman Davies, son ejemplos de esa forma de agregación el reino de Castilla (1516), el reino de Bohemia (1526) y el Reino Unido (1707), mientras que

impusieron como un criterio de orden, capaces de transformar a la violencia de elemento anti-sistema en símbolo de poder soberano sobre los súbditos y sobre los demás estados, por medio de la imposición de una serie de reglas y tabúes. No es casual que la mayor parte de los autores que se hicieron intérpretes de la difundida inquietud por la generalización de la violencia no insistieran en la supresión de la guerra sino más bien — como hizo Hugo Grocio (1583–1645) en su *De jure belli ac pacis libri tres* (1625) — en la formulación de criterios comunes para su “mise en forme”.⁵ El término aludía a un doble procedimiento de formalización del uso de la fuerza, que consistía en concordar una serie de criterios comunes para limitar la destructividad de la guerra y fijar reglas de inclusión y de exclusión de los sujetos legitimados a hacer uso de ella. Tal fue el núcleo de ese *ius publicum europaeum* que según Carl Schmitt (1888–1985) se impuso al mundo como “fuerza conciliadora de una ordenación del espacio, centrada en Europa [...] y en la división del suelo europeo en territorios estatales con fronteras fijas”.⁶

A través de ese principio, se procuraba alcanzar el doble objetivo de fortalecer la legitimidad de los estados, volcados a consolidar su monopolio de la fuerza, y proporcionar respetabilidad al sistema colonial que estaba expandiéndose bajo su dirección. El estado garantizaría que la guerra no se convirtiera en carnicería — si bien la historia invalidó más de una vez el citado propósito — y, al mismo tiempo, reclamaba el “derecho” de utilizar la guerra fuera de su territorio como medio legítimo de actuación, sobre todo contra pueblos que todavía no habían alcanzado su mismo nivel de “modernidad”.

La guerra y las necesidades a ella vinculadas en términos de recursos financieros y humanos, fueron determinantes para lograr que estados y súbditos se vincularan en una relación de mutua necesidad. En el curso de los siguientes quinientos años de historia, los individuos proporcionarían al estado los recursos financieros y humanos necesarios para librar batallas victoriosas, y los estados les

Francia solo se convierte en estado después de la Revolución, en 1792; Norman Davies, *Europe. A History*, London, Pimlico, 1997 [1 ed. 1996], p. 1268.

5. Por eso es que a partir del siglo XVII el ajedrez pasa a ser una metáfora usada con mucha frecuencia para indicar el “gran juego” de la guerra.

6. Carl Schmitt, *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del ‘Ius publicum europaeum’*, Granada, Editorial Comares, 2002 [ed. orig., 1938], p.135.

darían a cambio representación política y, más adelante, derechos de ciudadanía.⁷

Por otro lado, como sugiere Ludwig Dehio (1888–1963), en línea con la historiografía rankiana alemana, las guerras mismas, y el sistema de poder europeo basado en ellas, terminaron por favorecer el surgimiento de regímenes autoritarios y centralizadores allí donde las fronteras aparecían menos protegidas, elemento que podría explicar, al menos en parte, las dificultades para el afianzamiento de la democracia en la Europa continental y en los Balcanes, en comparación con la tradición democrática y liberal de potencias insulares, como la Gran Bretaña y los Estados Unidos.⁸ La asociación entre estado y nación proporcionó otro elemento más de agregación interna y de identificación entre estado y ciudadanos, sentido con más énfasis por la población masculina, implicada en el servicio militar y con frecuencia también en guerras patrióticas.⁹

Al mismo tiempo, se perfilaron dos tipos de nacionalismo,¹⁰ el primero de ellos “romántico”, basado en factores orgánicos y étnicos como el idioma, la raza, la religión y el folclore, que en palabras de

7. Charles Tilly, *Coercion, Capital, and European States, AD 990–1990*, Cambridge, Basil Blackwell, 1990, p. 74 [trad. al castellano: *Coerción, capital y los estados europeos, 990–1990*, Madrid, Alianza Editorial, 1992].

8. Véase Luigi Vittorio Majocchi, “La agonía del sistema europeo de los estados y los primeros proyectos sobre los Estados Unidos de Europa”, en *Puente@Europa*, Año IX, n. 1, junio 2010, pp. 12–20; L.V. Majocchi, “Dal sistema europeo al sistema mondiale degli stati”, en *Idem, La difficile costruzione dell’unità europea*, Milano, Jaca Book, 1996, pp. 97–108.

9. Para una lúcida visión de este tipo de vínculo, véase Virginia Woolf, *Tres guineas*, Barcelona, Lumen, 1999. La versión original, de 1938, se encuentra reproducida íntegramente en <http://gutenberg.net.au/ebookso2/0200931h.html>.

10. Lo que sigue es una descripción del fenómeno que se basa en las intuiciones contenidas en el texto de Jean-Baptiste Duroselle, *L’Europe. Histoire des ses peuples*, Paris, Hachette, 1990, especialmente pp. 382–384 [trad. al castellano: *Historia de los europeos*, Madrid, Aguilar, 1990], y también en los apuntes críticos de Jacques Lévy, *Europe: une géographie. La fabrique d’un continent*, Paris, Hachette, 2ª ed. revisada y comentada, 2011 [1ª ed. 1997]. El espacio no permite entrar en el debate sobre la naturaleza misma del nacionalismo que, como reza el comienzo de un famoso texto de Ernest Gellner, es a la vez fundamento, sentimiento y movimiento; Ernst Gellner, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2008 [ed. orig. 1983] y, también, Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993 [ed. orig. 1983]. Dicho debate ha asumido nueva profundidad y complejidad a partir de dos textos aparecidos diez años después de las reflexiones de Gellner y Anderson; Homi K. Bhabha (comp.), *Nación y narración*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010 [ed. orig. 1990] y Edward Said, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 2004 [ed. orig. 1993].

Johann Gottfried Herder (1744–1803) tendía a exhumar el espíritu del pueblo (*Volksgeist*). Fue el nacionalismo que acompañó el proceso de unificación de Alemania, un territorio que no había vivido ni la experiencia aglutinante y homogeneizadora de la revolución industrial inglesa ni la de la revolución política francesa, y cuya unificación, largo tiempo resistida, estuvo ligada, al menos en parte, a la amenaza territorial común que representaban las campañas napoleónicas. Las más de trescientas unidades en que se hallaba dividido su territorio — un legado del Sacro Imperio Romano Germánico — eran estados, principados, territorios y ciudades dotados no solo de una sólida autonomía política sino también, y por sobre todo, de una honda integración social interna, basada en usos y costumbres tradicionales, y que eran conducidos por gildas, confraternidades, municipios y otras formas de autoridad local. El influjo modernizador napoleónico se ejerció ante todo sobre el estado más grande, Prusia, sin afectar a buena parte de las demás comunidades. Pero Prusia, en el momento de extender su poder a otras partes del territorio, aun siendo de lengua alemana, no pudo limitar su acción a tácticas comerciales (el *Zollverein* de 1834), sino que debió recurrir en primer lugar a la fuerza militar (la guerra de 1866). Las resistencias a la unificación vinieron de aquellos grupos que no deseaban cambiar su *Gemeinschaft* (comunidad), basada en el reconocimiento mutuo, la confianza, el orden jerárquico, por una incierta *Gesellschaft* (sociedad) que prometía mayor igualdad pero también incertidumbre y anonimato.¹¹ Los elementos orgánicos como el idioma y la religión fueron utilizados, pues, ante todo, para consolidar un conglomerado estatal que, como todos, había nacido de un diseño abstracto de incorporación territorial.

El otro nacionalismo era el “republicano” *à la française*, basado en la adhesión a un núcleo de irrenunciables derechos universales, que había desplegado todas sus fuerzas en la Francia revolucionaria y en las “repúblicas hermanas” nacidas de las victorias militares napoleónicas (como la República Cispadana, más tarde República Cisalpina, antecedente de la Italia moderna). Era una visión nacida en momentos en que ya el territorio del estado francés se hallaba estabilizado, pero todavía no había vivido a pleno la experiencia homogeneizadora de

11. Bruce Mazlish, *A new science. The breakdown of connections and the birth of sociology*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 1993 [1 ed. 1989], pp. 164–168.

la industrialización y, al mismo tiempo, en razón de la escasa productividad de su agricultura, vivía una grave disminución de natalidad. Por lo tanto, no eran necesarias campañas unitarias sino más bien conferir densidad demográfica, social y política a un territorio que abarcaba realidades locales y culturales diferenciadas. Además, el proyecto imperial de Napoleón utilizó la Declaración de los Derechos del Hombre y el Código Civil para ampliar el alcance del poder de Francia más allá de sus fronteras territoriales.¹²

Esas dos visiones, nacidas de *Weltanschauung* filosóficas distintas y en contextos históricos diferentes, habían adquirido en el transcurso del tiempo fisonomías políticas y jurídicas sólidas (en el último caso, simbolizadas respectivamente por el *ius sanguinis* alemán y por el *ius soli* francés¹³), que sirvieron para legitimar uno u otro diseño de consolidación estatal.

Algunas de las mejores reflexiones sobre el problema nacional y sobre Europa fueron formuladas en el momento en que una cuestión territorial específica, la de la Alsacia–Lorena, reveló en toda su dimensión el carácter contradictorio de ambas visiones. Fue Ernest Renan (1823–1892) el que, para defender el carácter francés de la Alsacia–Lorena después de su pérdida a manos del ejército prusiano en 1871, se refirió a Europa como “une confédération d’Etats réunis par l’idée commune de la civilisation”, en la que “L’individualité de chaque nation est constituée sans doute par la race, la langue, l’histoire, la religion, mais aussi par quelque chose de beaucoup plus tangible, par le consentement actuel, par la volonté qu’ont les différentes provinces d’un Etat de vivre ensemble”.¹⁴ El “plebiscito cotidiano” del que habló Renan en su célebre conferencia de 1882 (*Qu’est-ce qu’une nation*) debía asociarse, en su visión, a un igualmente necesario ejercicio de amnesia colectiva, es decir un olvido de sus agravios recíprocos.

El éxito de la primera comunidad europea, la del carbón y el acero (CECA), no puede ser comprendido sino haciendo referencia al hecho que esa comunidad, si bien se orientaba a satisfacer intereses económicos y estratégicos franceses, resolvía en primer lugar, de manera

12. Sin tener presentes estos elementos históricos es imposible entender el comportamiento del gobierno francés de hoy sobre temas como la laicidad.

13. Por el primero de los principios citados, la ciudadanía se transmitía de padres a hijos; por el segundo, estaba determinada por el lugar de nacimiento.

14. Carta del 15 de septiembre de 1871, citada en J.–B. Duroselle, *op. cit.*, p. 515.

radical, el problema de el carácter contradictorio de las características del nacionalismo presente en los genes de franceses y alemanes. El mérito de los artífices de la CECA fue haber comprendido, o tal vez solamente intuído, que ambos conceptos tenían su propia dignidad y habían asumido en el pasado funciones cruciales de agregación nacional, pero habían pasado a representar un peligro para la convivencia misma de los pueblos europeos.

Basta pensar en el papel desempeñado por el nacionalismo en la propaganda bélica de los países implicados en la primera guerra mundial. Uno de los ejemplos más notorios de la transformación nefasta del principio de nacionalidad en nacionalismo fue Alemania, país en el que el partido socialdemócrata abandonó su tradicional “internacionalismo proletario” para asegurar la aprobación en el Parlamento de los créditos de guerra, sosteniendo la prioridad de la “Patria” y de su defensa por sobre la solidaridad internacional. Contra las posturas antimilitaristas de la corriente “revolucionaria” en la que militaban, por ejemplo, Rosa Luxemburgo (1871–1919) y Vladimir I. Lenin (1870–1924), las posturas patrióticas terminaron por prevalecer en la Segunda Internacional (órgano de coordinación del movimiento sindical y de los partidos socialistas entre 1889 y 1919), lo que llevó a su disolución.

Al mismo tiempo, la retórica nacionalista que acompañó la elaboración de los tratados de paz¹⁵ al término de la primera guerra mundial revirtió la tendencia que había caracterizado a los reordenamientos del mapa europeo a partir del Congreso de Viena, basada en la promoción de aquellas fusiones territoriales que fueran aptas para producir estabilidad bajo el signo de la restauración. La búsqueda de improbables concordancias entre territorio y nacionalidad produjo una nueva fragmentación del mapa de Europa, que llegó acompañada por un persistente revanchismo y por profundos problemas de viabilidad económica.

Desde una perspectiva geopolítica ese intento llevó a la disolución de los imperios — austro-húngaro, prusiano, ruso y otomano — que habían mantenido el orden en Europa en el siglo anterior. Desde un punto de vista interno, el reordenamiento del mapa europeo suscitó

15. Esos tratados fueron el acuerdo firmado con Alemania (tratado de Versalles, 1919), los tres celebrados con el Imperio Austro-húngaro (Saint-Germain-en-Laye, 1919, Neuilly, 1919, tratado del Trianon, 1920) y el suscrito con Turquía (tratado de Sèvres, 1920).

generalizado resentimiento, tanto en los estados que habían visto drásticamente reducido su peso relativo (Alemania ante todo, pero también Austria, Hungría y Bulgaria) como entre las minorías étnicas que, al encontrarse incluídas dentro de estados en los que no se reconocían, consideraron haber sido traicionadas por las potencias vencedoras (es lo que sucedió, por ejemplo, en Checoslovaquia, en Yugoslavia y en Italia).

El complejo mosaico de nacionalidades y etnias, herencia de Imperios en los que regía una vivaz circulación de culturas, mercancías y personas, no contribuyó a facilitar la tarea de las potencias vencedoras. Hubo frecuentes casos en los que las dinámicas de continuo intercambio y de ósmosis hicieron que materialmente no fuera posible crear estados homogéneos desde un punto de vista étnico; opuestamente, sucedía también que personas pertenecientes a un mismo grupo étnico o religioso estuvieran distribuídas en distintos estados (por ejemplo como ocurrió en el caso de la población musulmana dispersa entre el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, Albania, Bulgaria y Hungría).¹⁶ Es la misma suerte que sufrieron otras etnias para las que, sobre la base de criterios geopolíticos, no se consideró oportuno crear nuevos estados. Eso sucedió con los kurdos que, a pesar de las seguridades que les habían sido brindadas en el Tratado de Sèvres (1920), vieron disiparse una oportunidad histórica para obtener su independencia y que, repartidos entre Turquía, Siria, Irak, Irán, Armenia y Azerbaiyán, fueron objeto de persecuciones masivas que muchos, hoy en día, concuerdan en definir como un auténtico genocidio.

Al seguir una lógica no muy distinta, fueron dos funcionarios desconocidos (uno francés y otro británico) los que trazaron burocráticamente desde sus escritorios los límites de los futuros mandatos europeos sobre las regiones de la “Media Luna Fértil”, esa vasta área de tierras que abarca desde el Mediterráneo oriental hasta el golfo

16. Jean Sellier y André Sellier, *Atlas de los pueblos de Europa Central*, Barcelona, Paidós, 2010 [ed. orig. 2006]. El testimonio más vívido y genial de la atormentada historia bosnia es la novela de Ivo Andrić, premio Nobel 1961, *Na Drini ćuprija* [ed. orig. 1945], publicada en castellano como *Un puente sobre el Drina*, Barcelona, Delbolsillo, 2000. La narración se desarrolla a lo largo de cuatrocientos años de historia (siglos XVI a XX) de ese puente que, tanto en la realidad como en la fantasía del escritor, divide en dos a la ciudad bosnia de Visegrad.

Pérsico. Tales límites quedaron después consagrados por el acuerdo secreto Sykes–Picot, de 1916. ¿En qué quedaban las promesas británicas al jefe de la familia hachemita, el emir Hussein del Hiyaz, y a su hijo Faisal, la “espada refulgente”, al que Lawrence de Arabia había indicado en 1916 la ciudad de Damasco como meta de la marcha que haría de ella la capital de un reino árabe independiente?¹⁷

En otra región del mundo fue la divisoria de aguas alpina la que vino a indicar la frontera, tal como ocurrió entre Italia y Austria, al dejar en territorio italiano una importante minoría de alemanes. En esa elección pesaron la voluntad política de debilitar a Austria, corazón del potente ex Imperio Austro–Húngaro, considerado uno de los mayores responsables de la primera guerra mundial, y la voluntad estratégica de fijar una frontera estable y geográficamente bien marcada entre ambos países. El gobierno italiano, castigado en otra área (Fiume, sobre el Adriático, hoy conocida con el nombre croata Rijeka) “se merecía” un premio por la contribución hecha a la guerra. Además, se comprometía a dar a la minoría alemana amplias garantías de autonomía cultural dentro de un territorio en el que no se haría hincapié en la identidad étnica de sus habitantes, sino en el acceso igualitario de todos los ciudadanos a las libertades y a los derechos de los que el estado liberal se hacía garante. En esas intuiciones, desvirtuadas durante el período fascista, se apoyaría la política de respeto de los derechos de las minorías, consagrada con el pacto Gruber–De Gasperi de 1946.

Por otra parte, fueron pocos los territorios que — como el Schleswig o la Alta Silesia — modificaron su historia después de la celebración de plebiscitos, la modalidad preferida del clásico nacionalismo *à la française*. En cambio, sucedió que motivos geopolíticos impulsaran la creación de enclaves cruciales y sumamente frágiles, como Gdansk (Danzig), cuya función era ofrecer a Polonia una salida al mar a través de un muy vulnerable corredor en territorio alemán.

Fue así que la “autodeterminación”, que tan importante papel había tenido en la propaganda bélica, no encontró sino escasos motivos de satisfacción a partir del fin de la primera guerra mundial. Los responsables políticos que se vieron abocados a rediseñar el mapa de Europa

17. Thomas E. Lawrence, *Secret Despatches from Arabia and Other Writings*, London, Bellew, 1991 [1 ed. 1939].

cayeron en la cuenta de lo peligroso que sería prometer soluciones conformes a la “voluntad de los pueblos” en una región que afrontaba desafíos de orden social y económico al mismo tiempo que reivindicaciones nacionales y nacionalistas. Por otra parte, los representantes de las potencias vencedoras reunidos en Versalles — comenzando por el ya anciano primer ministro francés Georges Clemenceau (1841–1929), cuyas tendencias militaristas no habían sido melladas por las pérdidas humanas sufridas por Francia — no pudieron captar por sí solos lo esencial de estos nuevos desafíos y afrontaron los problemas en la mesa de negociaciones “mirando hacia atrás”. La mezcla de resentimiento antialemán, preocupaciones geopolíticas y concesiones arbitrarias que se impuso en las negociaciones terminó por converger en una objetiva “balcanización de Europa”.¹⁸

Se dejó en manos de la Sociedad de las Naciones la ímproba tarea de resolver todas las cuestiones dejadas abiertas por el gigantesco reordenamiento territorial que siguió a los tratados de paz. Y a tales problemas se abocaron con inmensa dedicación sus funcionarios, que produjeron soluciones originales (basta pensar en el pasaporte Nansen¹⁹) y detallados informes analíticos sobre las cuestiones más espinosas. En cambio, estuvieron ausentes los estados que mayores cambios reclamaban del ordenamiento surgido de los tratados de paz, Alemania y la Unión Soviética.²⁰ También faltaron a la cita los Estados

18. Término empleado por Leon Trotsky (1879–1940) en “The United States of Europe”, artículo publicado en *Pravda* del 30 de junio de 1923. El texto completo en <http://www.marxists.org/archive/trotsky/1923/06/europe.htm>.

19. Así llamado por el nombre del explorador polar y militante pacifista Fridtjof Nansen (1861–1930), delegado noruego ante la Sociedad de las Naciones y responsable del Alto Comisariado para los Refugiados, galardonado más tarde con el Nobel de la Paz. El pasaporte Nansen, emitido entre 1924 y fines de los años Treinta, era un “certificat d’identité et de voyage” que garantizó la libertad de movimientos entre los estados que aceptaban su validez (llegaron a ser 52) a cientos de miles de refugiados, ciudadanos de un estado como el Imperio de los zares, que había dejado de existir tras la Revolución, o bien armenios, kurdos, sirios. El pasaporte debía ser renovado cada dos años por el estado anfitrión. Muchos fueron los personajes de importancia que pudieron sacar provecho de él: entre otros, Marc Chagall, Vladímir Nabókov, Anna Pávlova, Ígor Stravinsky y Serguei Rajmáninov. Los archivos nacionales de Noruega albergan una colección de documentos que cubre el período 1920–1938, y su sitio de Internet (<http://arkivverket.no/eng/Using-the-Archives/Online-Exhibitions/The-Nansen-Passport>) contiene material fotográfico y documental sobre el pasaporte Nansen.

20. La primera fue miembro de la Sociedad de las Naciones desde 1926 a 1933; la segunda, desde 1934 a 1939.

Unidos, que con el peso de su legitimidad moral y de su fuerza económica habrían podido garantizar el respeto de las soluciones propuestas: después de haber sido, por medio de su presidente Woodrow Wilson (1856–1924), los grandes impulsores del *Covenant*, la Carta constitutiva de la Sociedad de las Naciones, se retiraron por la imposibilidad de ratificarla en el Senado.

Una serie de acuerdos internacionales sobre desarme e ilegalización de las guerras eliminó *de jure* la posibilidad de recurrir a las armas para plantear pretensiones de cambio, sin que *de facto* fueran ideados procedimientos alternativos para encauzar y contener los requerimientos de modificación de los ordenamientos surgidos de los tratados de paz, como no fuera el clásico recurso del arbitraje, en realidad, poco eficaz, ya que requiere el consentimiento de ambas partes. Ni tampoco fue puesto en funcionamiento ningún mecanismo coercitivo que pudiera aplicarse contra países que transgredieran los principios inspiradores de la Carta.

Pero el aspecto más grave del panorama posbélico fue el ocaso de esa interdependencia política y económica que había comenzado a funcionar en Europa en la segunda mitad del siglo XIX, a impulsos de la revolución industrial, y que había comenzado a configurar una verdadera sociedad con intereses comunes y con valores compartidos, única garantía de una paz duradera. Así, las inversiones francesas que habían hecho posible el primer desarrollo industrial ruso permanecieron congeladas en la nueva Unión Soviética; y Alemania, cuya recuperación económica fue estrangulada al nacer por el monto de las deudas de la guerra, no pudo volver a asumir su papel de mercado de los países vecinos. Hubo contracción de los flujos de personas, ideas y dinero en el preciso momento en que el sistema mundial de cuño europeo sufría un doble ataque centrífugo, por parte de las fuerzas de la descolonización (Egipto, Irak) y del surgimiento de los Estados Unidos como formidable competidor de la City de Londres en el papel de banquero universal.

El fracaso de los regímenes liberales y del capitalismo

A la aleatoriedad del sistema internacional europeo surgido de la guerra se añadió una gran fragilidad de los regímenes políticos

liberales continentales. La visión liberal de la sociedad política como una serie de individuos unidos entre sí por obligaciones contractuales, formalmente iguales e idénticamente libres, no proporcionaba los instrumentos analíticos adecuados para entender el alcance de los desafíos surgidos de la revolución industrial.

La “incorporación histórica”²¹ de los nuevos sujetos sociales no fue fácil, y resultó aún más ardua en países con poca historia nacional detrás, tal como Alemania e Italia, nacidas en la segunda mitad del siglo XIX de fusiones territoriales todavía poco digeridas, o como los estados surgidos de la disgregación de los imperios después de la guerra.

Además, la guerra y el tratado con el que concluyó (la “paz cartaginesa”, según la definió John M. Keynes) dejaba un ejército de descontentos en Alemania y otros puntos de Europa, una suerte de masa indiferenciada que los partidos tradicionales no lograron encuadrar dentro de las viejas dicotomías de la lucha política: trabajadores agrícolas contra latifundistas, obreros contra patrones, campo contra ciudades, estado laico contra Iglesia. La pobreza reunía transversalmente a una porción importante de estos grupos sociales, que no podía encontrar alivio a su desánimo en una república como la de Weimar, minada por una endémica inestabilidad parlamentaria, por el peso de las reparaciones de guerra y por políticas económicas restrictivas, después de la época de la hiperinflación.²²

Obreros y mujeres de toda Europa, reservas cruciales de la revolución industrial y de la guerra, veían cómo sus sueños de regeneración política y social se hacían pedazos ante las barreras simbólicas de una burguesía que había vuelto muy pronto a los ritos exclusivos de la *Belle Époque*.²³ Congregados en las grandes concentraciones urbanas que caracterizaban a la Europa de la época (París, Londres, Berlín), participaron del recrudescimiento de las filosofías revolucionarias, que adquirieron credibilidad de los acontecimientos rusos de 1917.²⁴

21. Expresión empleada en Michael Mann, “The Social Cohesion of Liberal Democracy”, en *American Sociological Review*, vol. 35, n. 3, June 1970, pp. 423–439.

22. Karsten Laursen and Jørgen Pedersen, *The German Inflation 1918–1923*, Amsterdam, North–Holland Pub. Co., 1964.

23. Charles Maier, *Recasting Bourgeois Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1988 [1 ed. 1975].

24. Geoffrey Barraclough, *Introducción a la historia contemporánea*, Madrid, Editorial